

II. LO FEMENINO Y LA MUJER



El vuelo: entre feminidad y maternidad

PATRICIA LEÓN



Creo que una pregunta fundamental de Lacan, y más exactamente una pregunta que toca en lo más profundo el deseo de Lacan en y por el psicoanálisis, podría ser esa de ¿qué es una madre? Nosotros damos por hecho una serie de enunciados lacanianos en relación con la madre y con su deseo: el deseo de la madre como una gran boca de cocodrilo que puede cerrarse a cualquier instante¹, el deseo de la madre como un deseo criminal, sin mediación². Creo que es importante ir un poco más allá de estos enunciados y buscar entre líneas el lugar y la función de ese deseo en la orientación de Lacan.

Digo esto sabiendo que se trata de una formulación que puede parecer extraña, pues conocemos la importancia de los avances de Lacan en cuanto a la función paterna y estamos acostumbrados a hablar de Lacan en relación con la función del Padre. Desde la metáfora paterna hasta el cuarto círculo, el del nombre del padre como anudando la estructura borromea de la realidad psíquica, Lacan propone una reformulación fundamental de la función del Padre.

Sin embargo, creo que la pregunta por ese Otro primordial, por su deseo, por su goce, por su poder mortífero o estabilizador a nivel de las identificaciones del sujeto, no abandona nunca a Lacan. Iré mas lejos, me parece que esa pregunta permite a Lacan desde su primer trabajo psicoanalítico, “Los complejos familiares”, orientarse de una manera que, resumida un poco simplistamente, dice así: lo que escapa al poder absoluto del deseo materno, lo que de la feminidad descompleta esa totalización que realiza ejemplarmente el amor en la muerte, o como lo expresa Lacan de manera más radical cuando dice que el amor es la muerte, es lo que permite a Lacan introducir desde el comienzo de su enseñanza la brecha que marca la inadecuación fundamental entre lo simbólico y lo real.

¹ “El deseo de la madre no es algo que pueda soportarse tal cual, que pueda resultarles indiferente. Siempre produce estragos. Es estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre. No se sabe qué mosca puede llegar a picarle de repente y va y cierra la boca. Eso es el deseo de la madre”, en Jacques Lacan, *El Seminario, Libro 17, El reverso del psicoanálisis*, Paidós, Barcelona 1992, p. 118.

² “El deseo de la madre es a la vez el deseo fundador de toda la estructura, el que da luz a todos esos retoños únicos [...], pero es al mismo tiempo un deseo criminal”, en Jacques Lacan, *El Seminario, Libro 7, La ética del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires 1988, p. 339.

Intentaré demostrar cómo esta pregunta que lleva a Lacan del deseo de la madre al deseo de la mujer es fundamental en la idea que nosotros podemos hacernos sobre las finalidades del psicoanálisis.

VÍNCULO ENTRE MADRE Y MUERTE

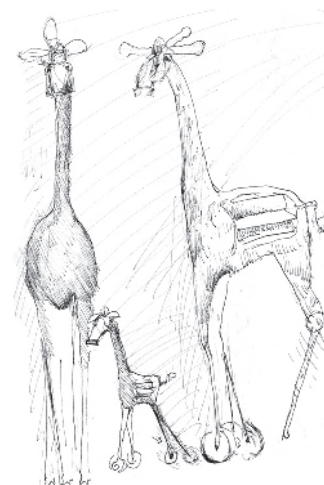
Comencemos por este primer texto de Lacan, que yo encuentro siempre de una frescura y una poesía únicas en su obra, “Los complejos familiares”. En este texto, Lacan pone de manifiesto una relación entre la madre y la muerte que no abandonará jamás. Según Lacan, existe una relación íntima entre la tendencia psíquica a la muerte y el deseo de reencontrar la imagen materna, perdida en los confines del paraíso perdido de antes del nacimiento.

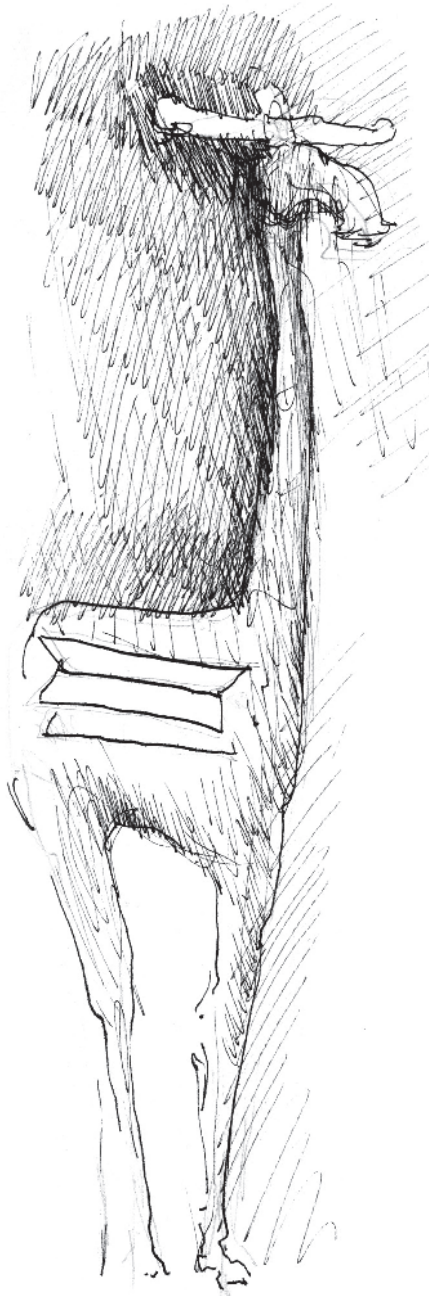
Lacan habla de la tendencia psíquica a la muerte bajo la forma original que le da el destete. El análisis de ciertos casos de anorexia, nos dice, de envenenamiento lento por tóxicos, demuestra que en su abandono a la muerte el sujeto busca encontrar la imagen de la madre. Este vínculo entre la madre y la muerte en su forma más abstracta podría ser definido así: una asimilación perfecta entre el ser y la totalidad.

Bajo este ideal, anota Lacan, nos es posible identificar todas las nostalgias de la humanidad. Este sueño de totalización no es sino denegación de la falla introducida por la prematura separación entre la madre y el niño. Su forma positiva es entonces la tendencia a la muerte. El complejo del destete es ya un recubrimiento de la angustia primordial que une al niño a la vida. Lacan acentúa bien el hecho de que este complejo da forma psíquica a un complejo aún más oscuro y antiguo, más doloroso y vital, de mayor envergadura, ese que en el nacimiento separa al niño de la matriz, separación prematura que ningún cuidado maternal logrará compensar. Es esta herida, introducida por el efecto de la prematuración específica del hombre, la que une la función del estadio del espejo (formación de la propia imagen a partir de la imagen del otro) con la simbolización primordial de la madre.

El vínculo con la madre suple entonces esta insuficiencia vital y recubre en el inconsciente la hiancia de esta separación con la tendencia psíquica a la muerte. La solución del complejo del destete (*sevrage*) funda el sentimiento maternal y su sublimación da lugar al sentimiento familiar. En ese sentido, el verdadero destete humano exige de cada hombre la apertura hacia Otro lugar y otros vínculos distintos de aquellos que se sostienen en el sentimiento familiar.

¿Qué es entonces lo que dialectiza esta relación con la madre? Freud había indicado ya una salida, oponiendo al deseo oscuro de la madre en su aspiración a la muerte, el trabajo de hilar y trenzar de la mujer, lo que podemos interpretar como





el trabajo de vestir, bajo el velo de su propia castración, el misterio de la sexualidad. Cada mujer en su vida debe no sólo atravesar sino tomar posición en relación con ese misterio a partir de su propia relación con la satisfacción sexual, la cual incluye necesariamente una escritura de lo imposible de la relación sexual, lugar del síntoma y posibilidad de inscripción de lo femenino.

Entonces, la hipótesis que quiero trabajar es la siguiente: la única cosa que puede contrarrestar esta aspiración a la muerte, que es aspiración al Uno, en el deseo de la madre, es el hecho de que ella no es totalmente madre. En su relación con el hijo hay un espacio que podríamos llamar de Reserva, de Opacidad, que deja a la mujer la oportunidad de interferir a la madre. El insondable misterio de la feminidad crea una falla, un vacío, un hueco en el poder absoluto de la certeza materna. La madre es mujer en ese punto vertiginoso de la libido que liga su destino a la *Versagung*, a la renuncia, por la vía del *penis-neid*. Detengámonos sobre este punto. Freud nos dice que en el mundo de los objetos hay uno cuya función es extremadamente decisiva, el *phallus*. Para Freud existe una relación particularmente constante entre feminidad y vida pulsional. Eso que marca lo femenino no puede comprenderse a través de las determinaciones anatómicas. Freud nos da una llave para aproximarnos al enigma: "uno no puede comprender a la mujer si no toma en consideración esta fase del apego preedípico a la madre".

LA APERTURA A LO FEMENINO

En su conferencia sobre la feminidad Freud ordena entonces algunos fenómenos clínicos para dar prueba de la incidencia real de esta fase, de la fuerza del apego sobre esta relación.

Se trata de hechos clínicos encontrados con cierta frecuencia en etapas avanzadas del análisis de mujeres. Resumo:

- El deseo de la niña de hacerle un niño a la madre y de poner en el mundo un niño para ella.
- La angustia de ser envenenada por la madre, ligada al retiro del seno, y que puede formar más tarde el núcleo de una paranoia.
- La constatación clínica que muestra la repetición de la pareja madre-hija en la homosexualidad.

Todos estos fenómenos demuestran la fuerza de esta unión, el grado de intimidad, de un apego profundo que se soldará con un alejamiento marcado de

hostilidad. Alejamiento que, según sabemos, encuentra su razón de ser en el complejo de castración.

- La niña considera a la madre responsable de su falta de pene. Ella toma su castración como una desgracia individual y es solamente en un segundo tiempo, y a partir de la privación de la madre, que podrá simbolizar su falta en el plano simbólico de la ley. La castración instaura entonces, en el corazón de esta relación, algo del orden de un rechazo primordial, de una frustración fundamental. La niña toma a la madre por responsable de su falta de pene y no le perdona esta desventaja. Este gran apego a la madre estará entonces marcado por la introducción de una especie de Reserva, que pone en el centro de la relación esta negación, este rechazo original.

Siguiendo esta línea formularé una hipótesis: *la madre hace entrar en juego la dialéctica de la frustración, en tanto que su propio acceso a la feminidad la ha hecho mensajera de la misma*. Sin la acogida de este mensaje no hay ni apertura ni transmisión de lo femenino.

Es por la puesta en el lugar de esta frustración primordial que la madre introduce en el corazón de toda palabra la oscilación entre la realización de la promesa y la posibilidad de su incumplimiento, de su abandono. En el horizonte de toda promesa la madre instaura la posibilidad de ver la promesa realizarse o de constatar que no es posible sostenerla. Se trata de instaurar en la relación con la existencia esta ambivalencia entre el cumplimiento de la promesa y su abandono.

La madre es la transmisora de ese “más allá” que introduce en la experiencia la marca de su feminidad. Ella abre al sujeto a ese “otro lugar”, a ese *ailleurs*, a ese más allá de ella misma, gracias al cual el niño puede arriesgarse a ir hacia esa extrañeza angustiosa que es el mundo. En fin, la madre introduce al niño a esa relación con la existencia marcada por una vacilación, por un vaivén entre la promesa como realización y la promesa como fracaso. Pero si ella puede transmitir esta dialéctica, esta especie de “balanceo”, es porque la mujer ha contaminado en su estructuración psíquica a la madre. Ese es el punto interesante. En el horizonte de toda promesa la mujer-madre introduce la posibilidad de un vaivén.

Lacan retoma este término de frustración tan utilizado en la literatura analítica, y del cual nos dice que no encontramos ninguna huella en la obra de Freud, para reemplazarlo por ese de *Versagung*. La *Versagung* es, a mi modo de ver, la marca más discreta y más real de la feminidad. Lacan nos dice: “Así, la *Versagung*, el rechazo del que [uno] no puede desligarse, se convierte en lo que implica la estructura de la palabra, *versagen*, rechazo referente al dicho, y –si quisiera equivocarse para encontrar la

mejor traducción– la perdición. Todo lo que es condición se convierte en perdición”³. La *Versagung* implica, según Lacan, que el sujeto en la situación de testimoniar sobre eso en lo cual él cree, queda retenido en la negación, en la renuncia a eso en lo cual él cree. Es eso lo que Lacan nos muestra al presentarnos a Sygne de Coûfontaine, la heroína de Claudel, como quien encarna, y en ese sentido va mucho más allá que Antígona, el sentido propio de esta *Versagung*, de esta renuncia radical. Antígona es fiel a su deuda simbólica, a su Até, a su destino, Sygné hace rivalizar lo humano con lo inhumano porque acepta, por adherir a eso que le causa el más grande horror, arrancarse de todos sus compromisos de fe y de palabra. Lacan nos dice: la *Versagung* implica la falta a la promesa, pero a una promesa por la que uno ya ha renunciado a todo. Eso a lo cual se le pide renunciar es aquello en lo que ella había empeñado ya todas sus fuerzas y que estaba marcado por el sacrificio más absoluto.

La mujer-madre crea entonces este espacio de vacilación, esta ambigüedad radical, entre el seno materno lleno de leche y el seno erotizado. Es, de una parte, la instauración del *fort-da*, de la presencia en la forma de ausencia, de la ausencia bajo la forma de presencia y, de otra parte, ese resto pulsional que más allá de cualquier satisfacción del deseo apoyada en el fantasma, traza lo irreductible de la feminidad a cualquier saber.

Es importante notar que en esta dinámica, si la madre se apoya sobre uno de los términos de manera radical, es decir, si ella encarna la palabra como realización virtual de la promesa o encarna la decepción y la renuncia a la promesa, como una especie de libertad obligada, de enigma cerrado, en cualquiera de los dos casos, no puede transmitir esta “inestabilidad” esencial que Lacan llama “inestabilidad de la frustración”. Si no hay balanceo no se puede transmitir este ir y venir que es lo que hace de la mujer-madre una especie de operador de la evasión. Para Lacan, la frustración, y es por eso que él no acepta este término y que le opone el de *Versagung*, tiene que ver con la posibilidad de instaurar una forma de renuncia; renuncia, nos dice Lacan, a eso que constituye la condición de determinación, de radicalización del ser por el significante y frente a lo cual el sujeto puede dar su consentimiento o su rechazo. La posición estructural de la madre como *Versagung*, incluye entonces la promesa inherente al lenguaje en cuanto a la realización del deseo y la decepción de esa promesa debido a lo imposible de acoplar el deseo y su satisfacción pulsional de manera absoluta.

Creo, es lo que quiero transmitir en este texto, que el vínculo con la vida, lo que toca con el núcleo de la transmisión de algo del orden de la pulsión de vida, está ligado a este gusto, a este saber inconsciente de la oscilación, de la suspensión, del balanceo que introduce la madre gracias a esta parte de mujer que la contamina.

³ Jacques Lacan, *El Seminario, Libro 8, La transferencia*, Paidós, Buenos Aires 2003, p. 339.

Si esta hipótesis es interesante es porque modula un poco “la doxa lacaniana” (bastante simplista a mi gusto) sobre el clivaje madre-mujer, y permite leer con otro acento la necesidad de esta inmersión de la mujer en la madre (más próximo me parece del acento dado por Lacan). Cuando esta implicación de lo uno en lo otro no se produce, cuando la madre no es sino madre, esta oscilación es sustituida por un deseo radicalmente destructivo. Pienso en una clínica muy particular, cuando uno logra ir lejos en el análisis con las madres de niños psicóticos, este deseo de destrucción está presente como un deseo al mismo tiempo de emancipación de ese lugar del “toda-madre”, de la “madre-cosa”, en la que estas madres se han encerrado ellas mismas en su relación con el hijo. El deseo de la madre, en estos casos, no porta en él la insondable pregunta de la mujer. El universo materno es un universo cerrado en la totalización del Uno. Cuando el todo-mujer prima, también se produce una ruptura en el lazo con la vida, pues el abandono no sólo realiza en lo real el desamparo inherente a la condición de ser hablante de cada uno, sino que impide todo trabajo de separación con el Otro y, en consecuencia, de emergencia del sujeto y de su particularidad. Si no se ha tejido ese nudo de unión con la vida, no puede haber desanudamiento ni separación.

Voy a presentarles un caso clínico a fin de poder leer la importancia de este va y viene, de esta dialéctica, de este balanceo que estaría intrincado en la unión más íntima del sujeto a la vida.

Esta paciente es una mujer simple, quien había tenido una vida sin historia hasta el momento del nacimiento de su segundo niño. Ella fue a verme en el cuadro de una hospitalización en psiquiatría. Desde hace quince años se repiten graves tentativas de suicidio. Lo que motiva el pasaje al acto gira alrededor de pequeñas disputas conyugales a las cuales la paciente no otorga mayor importancia sino porque ellas son asociadas a un sentimiento muy doloroso de soledad y de encierro. Antes de cada tentativa de suicidio, la vida en su casa le parece insostenible, ella tiene la impresión de ser sobrepasada por todo. Su casa no le pertenece más, las personas entran y salen de manera invasora y, al mismo tiempo, cuando todos se van, no soporta la soledad, es imperativo salir, hay que ir afuera, pero ¿a dónde? y ¿cómo? Quedan el impasse y el deseo de morir como la única salida. Entonces toma medicamentos para matarse y se dirige al campo, yerra durante horas con la idea de morir antes de que alguien pueda encontrarla.

Voy a señalar dos puntos en la historia de esta paciente que me parecen importantes para nuestro trabajo.

1. *El miedo de la madre: “mi madre no quería que yo me moviera de la casa, ella tenía miedo de todo. Yo estaba siempre acompañada por una de mis hermanas o*



por mi padre”. La paciente describe la vida de su madre como siendo dominada por esta fobia de la amenaza de que le pase cualquier cosa a sus hijos.

Pierre Bruno, en un texto de la revista *Barca* consagrado a lo femenino, insiste sobre esta posición de la madre, retomando la expresión de Lacan: «una mujer se feminiza sustituyendo, ahí donde se encontraba el niño intocable, la soledad como pareja».

Me parece importante resaltar que mi paciente había vivido siempre como secuestrada por ese miedo materno. Ella no puede dejar a su madre y sus tentativas de suicidio se precipitan a partir del momento en que un cambio de casa la aleja de su madre. Ir a otra parte diferente de la casa de su madre no es posible sino sólo en el momento de las errancias patológicas que acompañan las tentativas de suicidio. En ese momento el afuera y la muerte se unen.

Para esta paciente el “un otro-lugar”, el ir-más-allá, no se presenta en un movimiento dialéctico sino en un clivaje radical que pone en juego el deseo destructor de la madre.

2. *La infalibilidad de la madre: “mi madre no se había equivocado”*, dice mi paciente cuando cuenta el evento trágico de la muerte de su padre. En cierta época, él recibe una bonificación con la cual compra una bicicleta. Él decide servirse de ella para ir a buscar su auto. La madre le ruega que vaya a pie debido a que es de noche y desde hace mucho tiempo él no hace ciclismo; sin embargo, él decide ir en bicicleta y en un accidente con un auto pierde su vida. La palabra de la madre se cumple. ¿Mi paciente quiere conjurar esta palabra con sus tentativas de suicidio? No sé, pero puedo decir que a partir del momento en el cual le he sugerido a mi paciente que su padre con su muerte había dado a la palabra de su madre el status de una maldición, las tentativas de suicidio se han detenido.

El caso parece ilustrar cómo la radicalidad de la palabra de la madre no deja ninguna apertura para el sujeto.

En conclusión, lo que es importante retener es que la madre es el agente de esta operación por la cual la alternancia entre la promesa y la renuncia a la promesa abre para el sujeto la posibilidad de un otro lugar, la posibilidad de una evasión.

EVASIÓN Y FEMINIDAD

Nicole Loraux, en su libro *Maneras trágicas de matar a una mujer*, sostiene que existe una relación entre las vías de la feminidad y la manera como una mujer se da muerte en la tragedia griega. El hombre en la tragedia se da la muerte con una espada o una daga. La mujer, cuando decide darse una muerte femenina, cuando decide hacer valer



lo femenino en la muerte, elige “ahorcarse”, “colgarse”, es decir, busca la muerte en el nudo de una cuerda al que su cuerpo se ata y se suspende en el momento final. Es un modo extraordinario de establecer la relación de la mujer con eso que hace el nudo entre la vida y la muerte, con eso que teje la estrecha relación entre madre y mujer: lo femenino como tensión, como balanceo, como suspensión y suspenso entre la renuncia y la posesión, entre la evasión, la reserva y la realización.

Para Nicole Loraux, una helenista consagrada por la riqueza de su obra, la mujer que muere ahorcada busca, a través de esta expresión, establecer, hacer vivir en su muerte algo de la esencia más íntima y más sutil de la feminidad. Esta forma de muerte vehiculiza la relación de connaturalidad entre lo femenino y la búsqueda de un otro lugar, de un más allá, de una necesidad de evasión.

No obstante la dificultad de la traducción, no quiero ahorrarme la lectura de algunos pasajes de este hermoso texto que citaré a continuación⁴:

Y las vemos arrojarse en el aire, y suspenderse entre cielo y tierra. A la pronunciación de la palabra *aiôra*, se asocia la doble imagen de un cuerpo suspendido y del ligero movimiento de balanceo impreso en él. Recordemos que *aiôra* es el nombre de una fiesta donde las representaciones de esta forma de muerte están asociadas al columpiarse [p. 45].

[...]

Que *aiôrema* designe tanto el balanceo de la ahorcada, como el vuelo de *Evadné*, la elevación como la suspensión, es algo que retendrá nuestra atención, durante el tiempo de constatar que entre el ahorcamiento y la precipitación existe en el lenguaje trágico una evidente similitud temática. Uno podría sorprenderse: la ahorcada se ha tirado en el vacío, pero su cuerpo ha dejado el suelo para atarse al techo por la elevación; la precipitación es al tiempo caída profunda. Así, el mismo verbo, *aeirô*, se aplica a esos dos vuelos orientados en sentido contrario, hacia lo alto y hacia lo bajo, como si lo alto tuviese su profundidad, como si para llegar abajo, al suelo, a las profundidades subterráneas, sólo pudiésemos elevarnos [p. 45].

[...]

La misma imagen vuelve, esa del vuelo alado, pero también explícitamente, aquella del pájaro [p. 41].

[...]

Porque el vuelo de las aves, ese símbolo trágico de la evasión, realiza imaginariamente la huida, podemos hacer algunas proposiciones: en su propensión al vuelo esas esposas (que la ortodoxia de las representaciones cívicas quiere sedentarias) tienen una relación



⁴ La traducción no ha sido corregida por la autora. María Andrea Rojas ha leído el texto conmigo para *Traductions*, lo más cerca del español, sin perder la fuerza inscrita en el texto.

de connaturalidad con ese “otro lugar”, con ese “más allá”: hay que verlas cómo se tiran al vacío, suspendidas entre cielo y tierra [...] Para las mujeres la muerte es una salida. ‘Ella se ha ido’, se dice de una mujer que se ha matado [p. 46].

Si para una mujer la muerte es movimiento, sólo emprenden vuelo las heroínas muy femeninas [p. 47]⁵.

¿Cómo evitar hacer la relación entre este texto de Nicole Loraux y la alusión que hace Lacan a la cuestión de la suspensión, cuando habla de la “Diosa blanca”, en su prefacio “Al despertar de la primavera”? Dice allí Lacan: “Cómo saber si, como lo formula Robert Graves, el padre, nuestro padre eterno, no es más que un nombre entre otros de la Diosa Blanca, aquella que se pierde en la noche de los tiempos tratando de ser la Diferente, el Otro por siempre en su goce, así como las formas del infinito que empezamos a enumerar, al saber que es ella quien nos suspenderá a nosotros”.

En esta suspensión no interpreto entonces un antes de la ley del padre, ni el poder infinito de la madre, sino el nudo entre feminidad y maternidad, nudo marcado por la opacidad de un deseo que une el misterio de la sexualidad a la vida.

YOCASTA

Para concluir, evocaré la figura de Yocasta, figura cruelmente trágica de esta inmixción de la mujer en la madre.

Yocasta, madre y mujer de Edipo, muere ahorcada, colgada. El palacio, cuando las puertas se cierran, descubre al mismo tiempo que Edipo el horrible espectáculo.

He ahí, ante nosotros el espectáculo de su mujer colgada,
Enredada en los nudos de la cama flotando en el aire.

La figura de su muerte, “enredada en los nudos”, nos dice Jean Bollack, nunca ha sido realmente interpretada, y la confusión creada por este verso ha hecho que sea simplemente eliminado de la mayoría de traducciones. Sin embargo, después de la lectura de la interpretación de Nicole Loraux, ¿no podríamos acaso decir que Yocasta no solamente se da una muerte femenina sino que además la elección de una cama suspendida en el aire, enredada en los nudos, quiere decirnos algo? Esta “cama-cuna” que se balancea en el aire, a la cual ella se enreda, no es la expresión más dramática del nudo del deseo entre maternidad y feminidad que Yocasta no puede terminar de tejer y de desanudar sino enredando su propio cuerpo para morir?

Transmitir la *Versagung* no es otra cosa que permitir que la mujer mensajera de la vida transmita ese nudo de deseo a través de una renuncia generosa a la radicalidad

⁵ Nicole Loraux, *Façons tragiques de tuer une femme*, Hachette, coll. «Textes du XX siècle», Paris 1992.

de la pulsión de muerte. Es en ese sentido que ese vaivén entre feminidad y maternidad encuentra expresión, salida, en la pulsión de vida.

6 de julio de 2002

